

A circular collage is the central focus of the cover. On the left, a woman's face with dark, wavy hair is partially visible. Overlapping this is a grey, cracked skull. To the right of the skull is a branch with several autumn leaves in shades of yellow, orange, and red. The background of the collage is a light, textured surface.

EL

Desierto

Pablo David Camberos Servín

PROYECTO

Almendra





Proyecto Almendra
Miguel Ángel Galván Panzi, coordinador del proyecto

Edición *Édgar Roberto Mena López*
Consejo editorial *Nancy Mora Canchola,*
Alejandro Espinosa Gaona, Alejandro Baca
Dirección de arte y diseño *Carolina Fernández Mendoza*
Arte de portada *Eliash Strongowski*

Proyecto PB 402015
Departamento de Comunicación, Proyectos Editoriales,
Departamento de Impresiones de CCH Naucalpan.
Calzada de Los Remedios 10, Colonia Los Remedios,
Naucalpan, México, CP 53400



El desierto
Primera edición, diciembre 2016.

© *Pablo David Camberos Servín*
© 2016, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,
CP 045010, México, Distrito Federal.

“Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales”.

Impreso y hecho en México



El Desierto

Pablo David Camberos Servín



PROYECTO

Almendra



EL ESCAPE






DESPUÉS DEL ASESINATO DE DON RAÚL MENDOZA, su primogénito, Jesús Mendoza, quedó a cargo de la familia. Si bien, fue un muchacho siempre garante, la responsabilidad que cayó sobre sus hombros en ese momento, era astral. A parte de la viuda de su madre, habitaban en su hogar cinco almas más: cuatro hermanos todos menores a él y su abuela paterna.

El mismo día del homicidio de su padre, Jesús se percató del asalto a su pequeño rancho. Quedaban únicamente dos de las seis gallinas que poseían. Por otra parte, las vacas (antes cuatro), habían sido masacradas. Del plantío de papa y calabaza no quedaba nada. Los cultivos habían sido robados, destruidos y en algunas zonas, incluso quemados. Así pues, no sólo el señor feudal había sido eliminado, sino también su feudo prácticamente entero.

En el pueblo, los comentarios eran evidentes, los murmullos corrían de manera indigesta, rápidamente. De oreja en oreja saltaban los rumores y las miradas pe-



netraban fugaz y fríamente a los integrantes de la familia Mendoza. Entre pésames y lágrimas falsas se escuchaban los comentarios: era un buen hombre, Dios lo tenga en su santa gloria y otros tantos halagos y lamentos que sólo se perdían en el quejumbroso sollozo de la viuda, con el pañuelo blanco en la mano, húmedo por las lágrimas. Detrás de ella estaban los hijos, todos con la misma mirada incierta hacia los desconocidos. Con la perplejidad pintada en los ojos hinchados, fijos en el anónimo que les da el pésame. Y luego, al final de la larga fila está Jesús, con la pupila viendo al horizonte, reflejando una profunda meditación quizá de dolor, o tal vez de odio. No reaccionaba ante los llamados. (—Jesús!, ¿te está hablando la señora! Discúlpelo usted, anda muy dolido —). Helo ahí, con las manos metidas entre los bolsillos, caminando a la cabeza de aquella marcha fúnebre de los Mendoza. Va pateando piedras, la madre ya no le regaña, ahora él está a cargo, pero todavía es menor. En los ojos vidriosos de la mujer, hay una pregunta, una duda incierta que ella teme formular. Se siente confundida ante su ahora posición familiar o como dirían aquellas personas que presumen de un vocabulario más acertado, más fino y elegante: su estatus. Y es de comprenderse, su autoridad ahora tiene límites difusos para con Jesús. Se pregunta en silencio si aún es capaz de imponer los horarios,

si ahora le puede negar sus caprichos o si aún es necesario que le sirva leche por la mañana o, ahora, en cambio, debe ofrecerle café. En su lío mental ella se pierde. Mientras tanto, Jesús enfrenta una crisis, al menos eso parece. Debe sufrirla, pues ya está en el mando. Pasó la noche sufriendo en su cama, con sudores fríos que se secaba con las sábanas ásperas y viejas, que terminaron empapadas. Giraba de un lado a otro pronunciando, —susurrando, — ¿Lo lograré? A nadie le sorprendería la pregunta. Es natural aquél planteamiento. ¿Lograr qué, muchacho? La mente le carcomía inquietante la conciencia que se escondía — al menos eso intentaba —en su revoltosa imaginación adolescente; haciendo juicios demasiado precipitados, como es común entre los de su edad. Es, además, una pregunta mal formulada. Se da cuenta que falta el predicado en la oración y, recordando ahora el primer pensamiento, reformula la interrogante: ¿Lograré sobrevivir? Es demasiado pronto para dar la respuesta. Se deja ver el pequeño esbozo de un hombre, de una mente madura. Más vale que deje de ser un esbozo pronto y se vuelva realidad, se dice a sí mismo. Y el crudo golpe de la verdad, ese puñetazo frío y seco lo recibe en la cara, cerrándole la boca y alertando sus sentidos: — ¡Cállate! —y por fin logra dormir.

Pasados los días y con el dinero escaso, no fue raro que Jesús se ausentara horas de la casa, en parte, según dice, porque le recuerda a su padre. La madre entiende pues, que aquellas paredes, aquellos muebles, aquél olor le tortura la memoria. No dice nada, acepta el luto de su hijo que ha de extenderse más del que es sano y debido. Por otro lado, el joven busca un empleo, pregunta a los vecinos, va tocando las puertas de una en una, ofreciendo quién sabe qué. “Hago cualquier cosa, con tal de recibir paga”, pero a la gente no le sirve “cualquier cosa”. Y es que al huérfano le ven como tal. No se ha mencionado aún, que en aquél lugar hay poca gente que ofrezca un empleo, esa palabra es casi desconocida en su diccionario. Pero él no pierde las esperanzas, merodea insistente, entre el mediodía y las tres de la tarde la casa de don Julio. Como si aquél anciano tuviera algo para él, y Jesús lo sabe, o lo presiente, quién sabe. Se ha vuelto ese acto en una manía cotidiana, es parte de su rutina.

Por fin, un día, milagrosamente, el portón de don Julio se abrió. Jesús le sorprendió en el momento preciso. Hubo un intercambio de miradas, un aparente secreteo misterioso. Don Julio movió su mano derecha, la levantó para rascarse la barbilla, luego para tallarse el ojo derecho, después saca un pañuelo percutido del bolsillo de su camisa de lino y se limpió con él, el sudor

de su frente. Ahora, agita su muñeca y con ella, el pañuelo baila en el aire, creando pequeñas olas refrescantes en el rostro del hombre mayor. Vuelve la mirada y ahí sigue Jesús.

— ¿Vas a pasar? No tengo toda la tarde.

Jesús camina y atraviesa la entrada. Don Julio le mira atento y percibe en él el apestoso olor a nerviosismo, a miedo. Le desagrada, como es de esperarse y se cubre las fosas nasales con el pañuelo. Le indica el camino con su largo dedo índice y el muchacho, con la mirada baja, sigue el recorrido imaginario que dibujó el dedo del viejo. Apunta a una puerta de esas que se abren de par en par. Tuvo que esperar a que don Julio llegara a la puerta, el traía las llaves. Con un movimiento brusco, apartó a Jesús de la entrada, clavó la llave en la cerradura y abrió la puerta. Él, pasó primero, encendió su pipa y tomó asiento enfrente del escritorio, entonces le hizo señas a Jesús para que se sentara en la silla de madera que estaba en el rincón de la habitación. Jesús obedeció a la palabra “siéntate”, que había sido escupida en modo imperativo.

— ¿Qué quieres?

— No se haga. Usted ya sabe lo que quiero.

— No soy adivino, así que más vale que me digas qué es lo que quieres.

—Quiero trabajar para usted.

— ¿Crees que me hacen falta trabajadores? ¿A caso viste un anuncio que lo solicitara?

—No, pero creo que siempre es bueno ponerse al servicio de los demás.


Don Julio quedó sorprendido, fumó de su pipa unos minutos antes de responder:

—Yo necesito hombres, no niñitos.

—Usted necesita gente útil. Usted mejor que nadie, sabe que pasar la mercancía es...


Don Julio sacó su revólver y lo apuntó al entrecejo de Jesús. Nunca nadie ajeno a su compañía en el pueblo la había hablado tan directamente de su negocio. Era una reacción sabia, según sus propios principios, el reaccionar casi como si de un reflejo se tratase, alzar la pistola y amenazar al insolente. Jesús subió las manos, sintiéndose descubierto, adoptando la posición del criminal arrestado. Tratando de contener su voz temblorosa, suplicando el perdón hasta conseguir la misericordia de su agresor, que conmovido por la escena, decide bajar el arma, terminar su pipa y, con ánimos más calmados, pedir al joven que continuara con su propuesta.

La tarde se esfumó rápidamente, Jesús, astuto, consiguió el empleo que necesitaba, aquél que desde la primer noche, luego de los actos fúnebres de su padre, le




estuvo rondando en su cabeza insistentemente. Había escuchado que la paga por traficar las porquerías de don Julio era buena, pero después del acuerdo, de la plática de negocios, la paga le produjo una sensación de infinita alegría, aun cuando sabía que primero se hacía el trabajo y después se cobraba.

Pocos eran quienes lograban evadir a las autoridades, la mayoría eran capturados y eso, poco a poco, fue representando peligro cada vez más próximo para don Julio. Él lo sabía, pero más importante aún, Jesús también.



La encomienda de don Julio fue agendada en jueves de la semana siguiente. Jesús no conocía el peligro al que se enfrentaba, no conocía como él afirmó, el camino más seguro para el tráfico, no sabía cómo servir de guía. De pronto, la pregunta vuelve a aparecer en su cabeza, cierra los ojos e insiste: ¿Lograré sobrevivir? Ya había hablado con su madre y su abuela. Dijo que se ausentaría para ir a trabajar para conseguir reponer el rancho perdido y para traer alimento a la casa. Ellas, sin reproche ni cuestionamiento alguno, aceptaron su repentina decisión.



Llegó el jueves. Jesús, preparado con no más que un par de cantimploras, se subió al carro de don Julio que habría de abandonarlo a treinta y nueve kilómetros del pueblo junto con otros tres hombres experimentados



en la faena criminal. En ese lugar alejado, a kilómetro y medio del último campamento de vigilancia, se imponía un muro.

— Denle esto al muchacho si lo hace bien. Dispárenle a la cabeza si algo sale mal. — dijo don Julio entregando una bolsa con billetes y otras cuatro con el producto a traficar al hombre más fornido.


Viéndose el trío en solitario, el carro se alejó rápidamente y sólo cuándo éste desapareció de la vista de Jesús y de los otros dos que lo acompañaban, alzaron el producto y voltearon la vista hacia Jesús.

—Te seguimos. Muévete ya.

Ahora, en el momento de la verdad, la frente comenzó a sudarle, el corazón en su pecho comenzó a palpitar al ritmo del aleteo de un colibrí. Vio entonces las pistolas enfundadas en el par de hombres que ahora, notando su agitación, se disponían a dispararle ante la mínima reacción traicionera del muchacho. Jesús no lo pensó más, lanzó sus pesadas cantimploras contra el cráneo de los dos hombres. Uno cayó muerto al instante, otro, quedó aún medio consiente antes de que lo rematara con un golpe más fuerte. Le asustó ver, en éste último, la misma mirada incrédula que vio en su padre aquél día en que lo asfixió en el granero hasta la muerte. Don Raúl Mendoza quiso maldecir al malagra-



decido entre los jadeos desesperados por lograr respirar: “Hijo de la...” y cortó el insulto porque comprendía que la madre de aquél bastardo, era su esposa. Después, aprovechando la ausencia del resto de la familia, siguió con el ganado y los plantíos. Destruyó todo con la ilusión vaga de lograr su plan. Escapó a tiempo para denunciar su propio crimen y hacerse el mártir con sus congéneres. Su cometido le dio entonces todo lo necesario para abandonar el triste y pobre rancho que le había visto nacer, aquél que le dio por fin la oportunidad de escapar de su vida y de su familia, siempre despreciada por él, para comenzar todo de nuevo.



EL DESIERTO


*“Frente a la mar rugiente que
castiga esta rompiente tengo
en la palma apretada granos
de arena dorada.
¡Son pocos! Y en un momento
se me escurren y yo siento
surgir en mí este lamento:
¡Oh Dios! ¿Por qué no puedo
retenerlos en mis dedos?
¡Oh Dios! ¡Si yo pudiera
salvar uno de la marea!
¿Hasta nuestro último
empeño es sólo un sueño
dentro de un sueño?”*

*Un Sueño
Edgar Allan Poe*




TODOS LOS MIEMBROS DEL CONSEJO DE LENGUAS SABIAS sobre los misterios de la naturaleza y de la vida, se ponían de acuerdo al reflexionar sobre la muerte impresionante, larga y agónica que esperaba a los mortales valientes —o estúpidos— que se atrevían a aventurarse en el desierto. Al inicio, eran supersticiones, bestias y demonios. Después, fueron leyendas impregnadas de numerosos nombres que, con el tiempo, se esfumaban en el viento, en la densa tormenta que les arrancaba el alma. Lo cierto era que, ese mar inmenso de arena dorada no perdonaba. Era la condena eterna. El sol apremiante azota la piel y los cabellos; los ojos hierven en sus propias lágrimas, los labios se parten y caen a pedazos hasta convertirse en polvo. Las manos, laceradas por la dura arena, se petrificaban sin una sola gota de sangre en las venas. Los pies descalzos dejarían de ser pies para convertirse en no más que un asqueroso pedazo de carne quemada, ardiente. ¿Qué más se puede perder en ese momento? No,






lo más aterrador no era perder la vida. El miedo existía en perder el espíritu, en dejar atrás un cuerpo vacío y sin embargo, vivo. Era vivir como muerto. Significaba despreciarse con su entera existencia, no ser merecedor de un fin honorable que inmortalizara su nombre.

El consejo estaba también de acuerdo en que nadie había sobrevivido —ni sobreviviría jamás —al desierto. Nadie conocía su fin. La observación de los astros, el insistente estudio de la magia, de lo divino y de lo maligno, había resultado inútil. El horizonte se extendía infinitamente y eso era indudable.



Cierta ocasión, cuando el consejo y la humanidad eran aún demasiado jóvenes, alguien se atrevió a diseñar un instrumento que le permitiera descifrar las dimensiones de aquél infinito; construyó entonces un báculo de proporciones colosales. Hacía falta más de un centenar de hombres fornidos para sostener apenas la base del mismo y permitirse inclinarlo hacia el frente unos veinte grados respecto al suelo. El báculo estaba marcado con líneas difusas con la medida de una palma. La estrategia era simple: si se veía que el báculo alcanzaba el final, allá donde el cielo rojo de la tarde y la curva delgada que apenas separa a la tierra del cielo, se deduciría que la longitud de aquél fatídico terreno era igual o cuando menos semejante a la del gigantesco






báculo. Como era de esperarse, el experimento fue un fracaso. El fin del báculo podía vislumbrarse sin problema alguno como si este se encontrara a penas a unos cuantos pasos de distancia.


Parecía que había transcurrido más de medio milenio cuando Salaid Al-Salid, mejor conocido como Salaid el Explorador, llegó al principio de aquél desierto. El consejo de lenguas sabias ya estaba extinto y con él, se habían acabado también las leyendas y los mitos. Después de observarlo caprichosamente durante meses y sin atreverse nunca a atravesarlo, Salaid se dio por vencido y dibujó entonces con carboncillo sobre la piel de un venado cazado en los lejanos valles mediterráneos, una línea que subía, bajaba y se quebraba a lo largo de su lujoso material orgánico. Luego, con los dedos ya atrofiados por la edad y los pies pelados por el peregrinaje que había empezado desde los cinco años de edad, se decidió a poner fin a aquella cartografía escribiendo con letras garabatas: *El Fin del Mundo*.

Frederick Hausteltoff, su amigo y fiel acompañante durante sus innumerables aventuras, le vio llorar con el carboncillo entre las manos. Pasaba las yemas de sus dedos sobre los trazos con nostalgia, como si al tocarlos de aquella manera estuviera visitando nuevamente cada uno de los lugares míticos de los que él, fue descubridor.






Encárgate de mi hijo, dijo Salaid a su amigo, y luego, se enterró entre las cobijas sobre una cama de plumas y murió de cansancio. Así fue como Frederick emprendió la búsqueda del hijo perdido de Salaid. El único hijo del linaje Al-Salid que por herencia, debería seguir el trabajo de su padre. Debería redescubrir y renombrar los lugares ya descubiertos y ya nombrados, debía cambiar los trazos cartográficos, debía observar el cielo, la tierra y el mar y comulgar con ellos, hasta el final de sus días. Esa era el mensaje ancestral que Frederick transmitiría al hijo perdido.



Empacó sus pertenencias en un morral y emprendió el viaje guiado siempre con una brújula antiquísima, casi destartalada que apenas y se alineaba con los polos magnéticos de la tierra, la aguja bailaba temblorosamente sobre el pequeño perno que la sostenía. Llevaba tatuado en la mente la imagen de su difunto amigo. Buscaría entre los varones más bravos, más valientes y rebeldes al joven heredero. Buscaría en ellos el cabello negro e hirsuto del padre, su ancha espalda de navegante, sus brazos gruesos como troncos de roble y la barba de espinas que afloraba orgullosamente en las mejillas y alrededor de los labios del muerto. Siguiendo ese método tan cauteloso, encontraría al joven y también, con suma delicadeza, le avisaría que su padre había sido un gran






hombre, que su nombre había sido Salaid Al-Salid y que a lo largo y ancho del planeta se había ganado el apellido imborrable del trotamundos. Que ahora estaba ahí, porque ese hombre había abandonado los lugares terrenales para ir a explorar los celestiales y que, para que el mundo no se pudriera con la ausencia de su labor, el habría de heredarlo.


Un par de meses más tarde, Frederick Hausteltoff ya había atravesado las altas montañas del oeste y los largos ríos del noroeste. Sus botas seguían empapadas con las aguas cristalinas que tenían fama de ser las más puras. Caminaba desde hacía dos semanas con dos enormes lagunas bajo los pies. No importó cuántas veces se había detenido en el camino a escurrir sus botas y a secarlas al sol del mediodía o a la fogata nocturnal, pues las lagunas seguían ahí y de ahí, no se irían. La humedad ya había podrido sus calcetas finas y había empezado a carcomer su piel. Recordaba con especial cariño aquellas noches de descanso que pasó en compañía de su amigo. Salaid solía contar historias que había aprendido en distintas lenguas –algunas ya extintas – con sus viajes a través de todos los territorios que por entonces, ya estaban registrados en sus impresiones cartográficas. De entre todas esas historias, le vino a la mente aquella en la que hombres hechiceros de largas






barbas blancas y despeinadas, altos como torres defensivas de un castillo, delgados y ancianos, preparaban posiciones que le proporcionaban al consumidor facultades tan extraordinarias como la de caminar sobre el agua.

Cuando se convenció al fin de que sus botas no tenían remedio alguno ante las aguas que las invadían, no tuvo otra opción más que deshacerse de ellas. Siguió su camino con los pies descalzos sufriendo toda clase de martirios: desde los insignificantes como la mordida de una diminuta hormiga o la rozadura de las hierbas, hasta dolorosas piedritas incrustadas en la piel que parecían hundirse entre los dedos como buscando un lugar cómodo para reposar. De ese modo, ya no sólo tuvo que preocuparse por el cansancio que le producía el viaje, sino también de las constantes curaciones que debía practicarse para no terminar perdiendo sus valiosas extremidades. Valoró ahora el calzado que le protegía de semejantes peligros y admiraba a los salvajes que andaban entre los lugares más inhóspitos y desagradables, pisando toda clase de maleza, andando con tanta suavidad que pareciera que flotaran. Se preguntó cómo pudo haber sido acompañante de un explorador si apenas había aguantado dos meses de caminata en solitario, cuando ya su aspecto y su salud eran lastimeros. Los ánimos los tenía bajos y para su psicología deslumbran-




te, dichos sentimientos parecían advenedizos. Habían allanado un terreno montañoso dentro de su corazón y el único motivo por el que continuaba la marcha, era la vaga promesa que había jurado.


Hacía tiempo que el valeroso Frederick no se enfrentaba en un combate. Éstos, deben entenderse como un acto de verdadera bravura en la que no tenía cabida el estupor. Era común que en la práctica del noble oficio, el hombre en cuestión tuviera que atravesar diversos y muy complejos porvenires contra los habitantes salvajes de las tierras aparentemente deshabitadas. Naturalmente, aquellos pobladores hasta entonces desconocidos, gozaban de un sin número de ventajas, empezando por el más notorio y por ende, el más básico: conocían el lugar en el que estaban peleando. Salaid había instruido a su acompañante para que fuera diestro en cada uno de sus cinco sentidos, para contrarrestar tan tremenda desventaja. Le había enseñado, además, a servirse de sus puños como arma natural por excelencia. El mismo Salaid se admiraba de cuán hábil se había vuelto, y se enorgullecía al ver cómo se defendía de los indios, de los caníbales, de los salvajes, de los hombres mono y de cuánto individuo poco civilizado se atravesara en su camino y representara un obstáculo para continuar con su libre tránsito y con ello, el libre



ejercicio de su trabajo. Indudablemente, Frederick añoraba esos increíbles momentos, pero en el instante en el que se encontraba en inminente peligro al atravesar los espesos bosques del este, añoró todavía más su antigua maestría en el arte de la lucha. Ese descuido le costó la vista. Quedó permanentemente ciego al recibir un ineludible y certero golpe en la sien derecha. De modo que la campaña para encontrar al único hijo del linaje Al-Salid y la faena que éste debía llevar a cabo se retrasó por mucho tiempo más.



Tuvo la necesidad de buscar un nuevo método de guía. Ahora que era invidente, no podía valerse de la brújula, de las estrellas ni de los mapas. Por un breve instante, pensó que el tacto aún sensible de sus manos, le serviría de algo, pero la idea fue rápidamente desechada, pues no importaba qué tan perceptivas fueran sus extremidades, no le brindarían un rumbo. No le indicarían la posición del norte ni del sur ni tampoco le dirían la posición del sol —que por cierto, representaba otra dificultad—. El hombre no era ni capaz de asegurar cuando empezaba el día y cuándo la noche, pues para él, era siempre oscuridad. Desde aquél desgraciado día, vivía en una eterna penumbra que sólo le hacía sentir más miserable. Para intentar adivinar la hora del día, se movía desesperadamente con los brazos extendidos por todos



lados tratando siempre de conseguir un rayo solar que le calentara la piel y poder imaginar entonces que ese era el calor del mediodía o el de las cinco de la tarde. Cuando su rutina rústica para la adivinanza de la hora se extendía durante mucho tiempo, daba por hecho que debía ser de madrugada y que era el momento de dormir. Esa calidad de vida tan mezquina le había durado ya varios meses.

Un buen día, un viajero lo encontró esquelético, muriendo de hambre en el piso y arrastrándose, mientras con las manos frotaba ansiosamente sus párpados como si tal acto le sirviera para regresar la virtud de la vista. Lo recogió en una escena que asemejase a un samaritano recogiendo a un perro desahuciado. Le dio posada, lo alimentó y curó las heridas que se había provocado en su necia peripecia y cuando por fin recobró el habla, contó a su salvador su verdadero propósito.

—Debes estar loco para arriesgar el pellejo por un muchacho al que desconoces —afirmó su benefactor.

Lejos de sentirse ofendido por aquellas palabras, Frederick se sintió reconfortado por ese calificativo. Verdaderamente, él estaba loco. Era más bien, la locura que lo mantenía cuerdo, pues desde la muerte de Salaid, él no tenía otro objetivo y motivo en la vida más que el de encontrar a aquél joven para hacerle saber de su nuevo destino. En ese momento, el noble hombre que

le rescató de las garras de la muerte, decidió por fin que era hora de dejar al ciego en libertad. Le obsequió un magnificente cuervo de alas enormes que estaba adiestrado para servir de guía a los inválidos. Era capaz de tomar rumbos complicados sin traba alguna. Para que pudiera seguirlo, un lazo largo y fino fue atado a la pata del emplumado negro.

—Cría cuervos y te sacarán los ojos —susurró al recibir el obsequio.

El benefactor escuchó sus palabras y respondió, sin preocupación alguna, que qué más daba si le sacaba los ojos, pues ya de nada le servían y valían más un par de cuencas vacías en el rostro que dos esferas desabridas en el mismo. Al ciego le parecieron sabias palabras y sin encontrar nada que lo atase a seguir ahí, tomó sus pocas pertenencias y, guiado por el cuervo, emprendió de nuevo el viaje en busca del muchacho. Fue así como la tan ansiada hazaña dio inicio con un porvenir incierto. El plumífero aleteaba incansablemente y sólo de vez en cuando se detenía unos instantes para corroborar su rumbo. Su amo, con la fe aún alta, se sentía envejecer con cada paso que daba y los huesos le crujían como los maderos de los galeones que muchas veces abordó.

Con el paso del tiempo, el cuervo fue adoptando las mismas costumbres de su dueño. Comían lo mismo,




dormían al unísono e incluso soñaban con las mismas ilusiones lejanas de un futuro desconocido. Fueron ya un sólo ser vivo dividido en dos, y gracias a ese vínculo de acero intocable, el lazo atado a la pata del ovíparo se volvió innecesario. El hombre sentía el majestuoso aletear y le seguía con tanta seguridad, que su andanza había vuelto a ser la misma como antes de que perdiera la vista.

El día más glorioso fue, indudablemente, cuando llegaron a Boca de Fuego, un pueblo ardiente en verano y helado en invierno. Sus habitantes eran tibios. La maravillosa luna de plata que les iluminaba noche tras noche, enternecía los brazos de las madres y endulzaba las canciones de cuna que cantaban a los niños. Los padres, por su parte, adquirían piel gruesa y cejas pobladas gracias al mortífero sol de junio. El cuervo de pronto paró su aletear y descansó sus patas sobre el hombro del ciego.

—Aquí está —dijo con seguridad.

El pico del ave se abrió en un gesto de alivio. Las plumas de sus alas ahora eran metáfora de los pies de su dueño. Estaban gastadas, despeinadas, lastimadas de tanta fricción con el aire. Se hospedaron en una casa de patio grande y cuadrado. El dueño era un hombre grande de bigotes caídos pero bien cuidados. Vestía de gala pulcra y nueva. Sus palabras eran cuidadas y afloraban con elegancia de su boca. Parecía más bien,






un increíble orador, un hombre apto para conseguir la paz mundial si se lo propusiera. Frederick, que ya había escuchado a muchos hombres hablar en su vida, supo que se encontraba ante el poeta más grande que jamás hubiera existido. Él, creía que no hay poesía más valiosa y perfecta que la que se dice sin presiones ni cuidados. Durmió arrullado con el soneto de bienvenida y se sintió joven de nuevo. El cuervo, que no era más que la extensión de su amo, se soñó aún dentro de su huevo: un pequeño polluelo.


La mañana fue en exceso distinta. Como si nada de la noche anterior hubiera tenido importancia, se despertó incómodo por la mañana y picó con su bastón al ave de sus ojos, interrumpiendo así el sueño infantil del animal.

—Llévame al lugar más amplio de este lugar. —Pidió al cuervo.

Sin más remedio e impulso que la fidelidad y la obediencia, emprendió el vuelo y lo llevó hasta la precisa y anhelada zona de encuentros matutinos. Frederick se encontraba empapado en sudor. Sus dedos flaqueaban con el bastón y los dientes que le quedaban, castañeaban al ritmo de su pulso. “¡Tráiganme a los hombres jóvenes!” gritó ante todos, y olvidando por un momento su condición, señaló: “¡Quiero verlos!”




Ellos, los espectadores, no acostumbraban a escuchar foráneos. Les temían porque rara vez los forasteros se atrevían a abrir la boca. Cierta vez, un niño pensó que había de apestarles el aliento para que fueran tan poco amigables y desde entonces se aterró con la idea de que uno de ellos, le dirigiera la palabra, pues su abuela le había contado que aquellos con aliento tan pútrido, eran capaces de matar a una parvada si lanzaban un soplido. A pesar de los tabús, todos obedecieron. Corrieron en total desorden y las familias llevaron a sus muchachos ante aquél desconocido. Los formaron en una larga fila y les peinaron, les lavaron la cara y las manos. Nadie sabía de qué se trataba aquél alboroto, pero el presentimiento colectivo era el mismo: era importante.



Soltó su bastón y le dijo al cuervo que lo dejara solo. Entonces caminó con las manos extendidas hacia al frente hasta llegar ante el primer muchacho.

—Déjame ver tu rostro —pidió sereno.

Sabía que los rostros, mejor que ninguna otra parte del cuerpo, revela el carácter de las personas. Dedicó al menos diez minutos de estudio a cada semblante que palpó y no fue sino hasta que llegó al número treinta y cuatro cuando su corazón se estremeció. Sí, era él. Era el único hijo del linaje Al-Salid. Era igual a Salaid. Frederick le tomó de los hombros y sin decir palabra alguna,




lo abrazó como un padre abrazaría a su hijo después de la guerra. El público quedó atónito. La fila se deshizo y sólo quedaron ellos dos, unidos todavía por el abrazo. El muchacho no dijo nada, recibió todo ese cariño de golpe sin reproche alguno y dirigió la mirada a su madre, que estaba entre las decenas de rostros perplejos. Ella, una mujer vieja con mirada de niña, sonrió con tanto amor hacia su hijo, que la gente pronto empezó a rumorear que se trataba del progenitor.

— ¿Eres mi padre? —se atrevió el joven.

—No —contestó —pero soy casi lo mismo.


Cuando el espectáculo se dio por terminado, todos volvieron a sus labores con cierta decepción en la mirada. Le pidió al muchacho que lo llevara con su tutor y él, le condujo hasta su madre. Una vez ante ella, se presentó y preguntó por el nombre del joven. La mujer respondió que se le había nombrado como su padre quiso: Omar Al-Salid. Frederick estalló en alegría.

Después de una larga charla en la que llevó las malas nuevas de la muerte de Salaid, contó de sus aventuras con él. Dijo que fue siempre gran hombre, fiel a su familia hasta el último día de su vida y que si les había dejado de aquella forma, era porque su espíritu fue siempre de naturaleza inquieta; que había nacido con el único propósito en la vida de explorar el mundo y no se




le podía retener de ninguna forma. La mujer mejor que nadie sabía de esto, por eso cuando despertó sola aquella mañana de diciembre con el niño llorando la ausencia de su padre, ella no guardó ningún rencor. Supo que ni fuerzas mayores como el amor podrían retenerlo.

Pidió permiso para llevarse a Omar. La madre no hizo ninguna pregunta, no ignoraba que las peticiones tan directas y sinceras, se hacían porque se tenía que cumplir una promesa. Tampoco desconocía que esas promesas eran de tipo mortal, de esas que se hacen en el lecho de muerte y que le amarran a uno en el mundo terrenal hasta que por fin son cumplidas. Le dio su consentimiento y se fue a empacar las cosas del hijo.



El heredero era inexperto en las razones de los adultos, la vida todavía le maquillaba el rostro y su mente seguía siendo de leche. Fue educado y disciplinado con rigidez, por lo que él, estaba acostumbrado a seguir órdenes de su superiora sin reproche alguno. Así, cuando su madre le explicó que debía irse y seguir al hombre ciego, éste no se resistió. Las dudas existían, por supuesto, pero la nobleza de Omar era única. Presentía una despedida terrible y eso le estrujaba los sentimientos, pero no derramó lágrima alguna. Alisó el nudo en la garganta y la mañana en que partió de Boca del Fuego tomado del hombro de Frederick,



no giró el rostro para ver como sus pies le alejaban lentamente de supasado. Alzó la cara con orgullo, seguro de que su vida tomaría rumbos llenos de fortuna.

Entre el muchacho, el viejo y el cuervo no se cruzaron palabras sino hasta el tercer día, cuando ya estaban bastante lejos del pueblo. La comunicación oral se había hecho absolutamente necesaria.

—Sabrás ya para que te he traído conmigo. —dijo Frederick. Naturalmente, su ceguera le impedía acertar la ubicación de Omar y éste, no le contestó pues, creyó que se dirigía más bien al cuervo.


Silencio.

—¿Me escuchas? —reiteró.

—Sí. —respondió cuando finalmente se convenció de que su guía no estaba lo suficientemente deschavetado como para rezongarle al animal. —pero desconozco sus motivos.

—Tu padre —continuó —como ya sabes, era un explorador. Antes de morir te encargó a mí, es decir, me pidió que te educara para el mismo fin.

Omar no sabía nada sobre el mundo. Desconocía cualquier lado que no fuese su pueblo natal y si sabía que la tierra es esférica, era porque a los seis años le preguntó a su madre por qué hay día y por qué hay noche. Ella, respondió que existían porque el mundo tenía



forma de pelota y ésta, daba vueltas alrededor del Sol. Luego, con ayuda de un par de frutas, hizo una sencilla explicación del movimiento de rotación. Ella, tampoco habría conocido la razón de no haber sido por Salaid, quien le resolvió la misma duda muchos años atrás.

Al percatarse de la ignorancia del muchacho, el viejo se apresuró en comenzar su adiestramiento. Sacó de su morral sucio sus antiguos instrumentos de cartografía y otros materiales y artilugios útiles para un explorador: un cuadrante, un astrolabio, trozos de carboncillo, pieles de venado y papiros, un catalejo y, por supuesto, su brújula prehistórica, ya casi inservible. Frederick se negaba a conseguir una nueva, se empeñaba en guardar a su “vieja amiga” hasta el último de sus viajes. Tenía por aquél instrumento un cariño especial, pues fue regalo de Salaid cuando consideró que era tiempo de que tuviera una brújula personal. En la tapa de oro que cerraba al utensilio, había una F mayúscula, grabada a mano con perfiladas líneas. Era la marca auténtica que identificaba a la brújula como suya y ahora, contra cualquier pronóstico, atravesó por su mente la idea de obsequiarla a Omar. De ese modo, tomó el cacharro —a punto de desarmarse —entre sus manos y la depositó entre las del joven.

—Es mi deber enseñarte a usar este aparato y todos

los que ves aquí —dijo intentando señalar con la palma derecha el montón de artilugios que había desvelado.

El muchacho fue buen aprendiz. Las lecciones de geografía y cartografía dieron sus frutos en pocas semanas. Parecía que todo ese conocimiento había estado ahí, aguardando para él, desde tiempos inmemorables y sentía que llenaba en su interior un espacio hasta entonces desconocido en el que encunó su recién nacida sabiduría.

A pesar de las circunstancias favorables, hicieron falta un par de años más para que *el maestro* considerara que *su aprendiz* estaba preparado para continuar con el deber del linaje Al-Salid. Cuando el momento llegó, el joven lo supo antes de que su tutor se lo anunciara y sin ningún intercambio de palabras, ambos partieron a su primer objetivo: *el desierto*. El mismo al que Salaid se enfrentó antes de morir y, por ende, el primer destino al que su hijo debía enfrentarse. El recorrido no fue eterno. La distancia, por grande que pareciera, no significó nada cuando la obstinada pareja —y el fiel cuervo, ya desgastado por la edad y los viajes— se detuvo a contemplar la magnificencia del océano dorado que les inundaba los ojos. Fue Omar quien tomó la iniciativa y, llenando sus pulmones con la última brisa de aire fresco, comenzó su firme andar hacia *El Fin del Mundo*.

El primer día, apreciaron la poca vida en el hábitat.




Vieron algunos cactus, algunos alacranes y algunas rocas. Incluso para las rocas el ambiente no ofrecía sino una hostilidad extrema. “¿Cómo es posible que sobrevivan aquí?”, se preguntó el muchacho en varias ocasiones mientras sus pies comenzaban a volverse pesados y fatigosos. Por su parte, el viejo ciego y su cuervo no pensaban en nada más que en la irremediable muerte que les llegaría en cualquier momento. Procuraban ocultarlo para no perturbar la valentía del tercero, pero cada vez se volvía más difícil ocultar sus pensamientos, la cara delatante les traicionaba.

Para el segundo día, la presencia de una mosca viajera esperanzó al trío errante. Les siguió durante un largo rato, volando alrededor de sus cuerpos, zumbándoles en los oídos, reposando sobre sus narices y sobre sus cabezas. El cuervo intentó cazarla con su pico en diversas ocasiones, pero lo único que consiguió, fueron los chasquidos que provocaba su pico al cerrarse y que sonaban trepidantes en el viento del desierto. Cuando Omar levantó la vista en busca del fastidioso insecto, vislumbró un cielo limpio. Era terminantemente azul y las nubes —ah sí, las anheladas nubes— eran totalmente inexistentes. La arena seca se colaba entre el calzado y la ropa, y aquella sensación rugosa y dura les provocó sed.

Durante la tercera jornada la piel de los viajeros





adoptó un peligroso color rojo, ardiente. La voluntad se esfumaba, y parecía que el ave fallecería antes de caer la noche. Para desgracia del animal, sobrevivió.

El séptimo amanecer, después de una alucinación —quizá un sueño— en el que apreciaron el caer de la lluvia que desbordaba el cauce de un río, se entristecieron al sentirse muertos. En parte era real: Frederick reposaba en los brazos de Omar. Su palpar era terriblemente lento, y de su frente emanaban las últimas gotas de sudor que le quedaban y, con un palpar fervoroso, apreció por última vez el rostro del último del linaje Al-Salid. Después, obscuridad; después, muerte. Ahí, en las llamas incansables del sol ardían las lágrimas de Omar, la lluvia desbordando al río. El cuervo aprovechó algunas gotas y las bebió sin importarle el sabor a sal de las mismas. Su corazón sintió un terremoto y entonces, se quebró. Al llegar la noche, le enterró entre las dunas y se quedó dormido con lloriqueos, maldiciones y lamentos.

Habían pasado tres días desde el zarpazo de la muerte, la mirada del joven lucía perdida en un laberinto mental en el que, temía el cuervo, se perdiera para siempre con su dolor y el desierto se lo tragara. Para sorpresa del ave, Omar continuaba con el mapa inconcluso de su padre entre las manos y no había perdido la cuenta del número de pasos que llevaba desde que inició



la travesía. La cifra era, naturalmente, impronunciable. El cuervo se había convertido en su única compañía, pero ya no importaba para ninguno de los dos.

La cantidad de días, semanas o meses que duró aquella odisea se desconoce hasta nuestros días; en su mente, lo único que importaba realmente, era no perder el rumbo y no perder la cuenta. Fue mucho después, cuando la fe del ahora dúo, se volvió nula, cuando las ilusiones se apoderaron —o al menos eso creyó en primera instancia— de su existencia. A lo lejos, Omar vio dos hombres. Cuando por fin, con las últimas fuerzas que le quedaban comenzó a trotar, identificó a Salaid Al-Salid y a Frederick Hausteltoff, ambos con vida. Se veían, sin embargo, más jóvenes, especialmente Frederick. Vio a Salaid, su padre, sujetar entre sus manos un carboncillo y una piel de venado y le vio escribir sobre él. En seguida, las yemas de sus dedos recorrían con nostalgia aquel material orgánico, como si en ese acto estuviera visitando nuevamente cada uno de los lugares míticos de los que él, fue descubridor. Entonces le vio morir y vio como Frederick prometía cumplir su último deseo, el de encargarse de su hijo, de él. Después del golpe en la conciencia, comprendió que su padre se había equivocado; borró aquellas palabras en el mapa (*El Fin del Mundo*). ¿Había sido ilusión? Su andar



se completó con un endemoniado círculo, aquél que le regresó al punto de partida, pues él entendía bien que aquél desierto no era el fin, sino el principio.

El Desierto

de Pablo David Camberos Servín, editado por el Colegio de Ciencias y Humanidades Naucalpan, se terminó de imprimir en diciembre de 2016 en los talleres de Ediciones Corunda, Tlaxcala 19, Col. San Francisco, Delegación Magdalena Contreras, CP 10810, en la CDMX. La edición consta de 1000 ejemplares, se imprimió en papel Cultural de 90 grs. para interiores y cartulina sulfatada de 12 grs. para los forros; en su composición se utilizó la familia tipográfica Crimson Text; la impresión es offset. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Alejandro García y Édgar Mena.

Este libro se publicó gracias al apoyo de la DGAPA, Proyecto Infocab PB 402015





DIRECTORIO

UNAM

Dr. Enrique L. Graue Wiechers
Rector

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas
Secretario General

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez
Secretario Administrativo

Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa
Secretario de Desarrollo Institucional

Dr. César Iván Astudillo Reyes
Secretario de Servicios a la Comunidad Universitaria

Dra. Mónica González Contró
Abogada General

Mtro. Nestor Enrique Martínez Cristo
Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Jesús Salinas Herrera
Director General

CCH NAUCALPAN

Dr. Benjamín Barajas Sánchez
Director

Mtro. Ciro Plata Monroy
Secretario General

Mtro. Keshava Quintanar Cano
Secretario Administrativo

Ing. Reyes Hugo Torres Merino
Secretario Académico

Mtra. Lilia Olivia Muñoz Barrueta
Secretaria Docente

Biol. Guadalupe Mendiola Ruiz
Secretaria de Servicios Estudiantiles

Bíol. Gustavo Alejandro Corona Santoyo
Secretario Técnico del Siladin

Lic. Fernando Velázquez Gallo
Secretario de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez
Secretaria de Administración Escolar

Lic. Rebeca Rosado Rostro
Jefa de la Unidad de Planeación

Lic. Laura Margarita Bernardino Hernández
Jefa de Depto. de Comunicación

Lic. María Eugenia Ortiz Luna
Jefa de Depto. de Impresiones



